

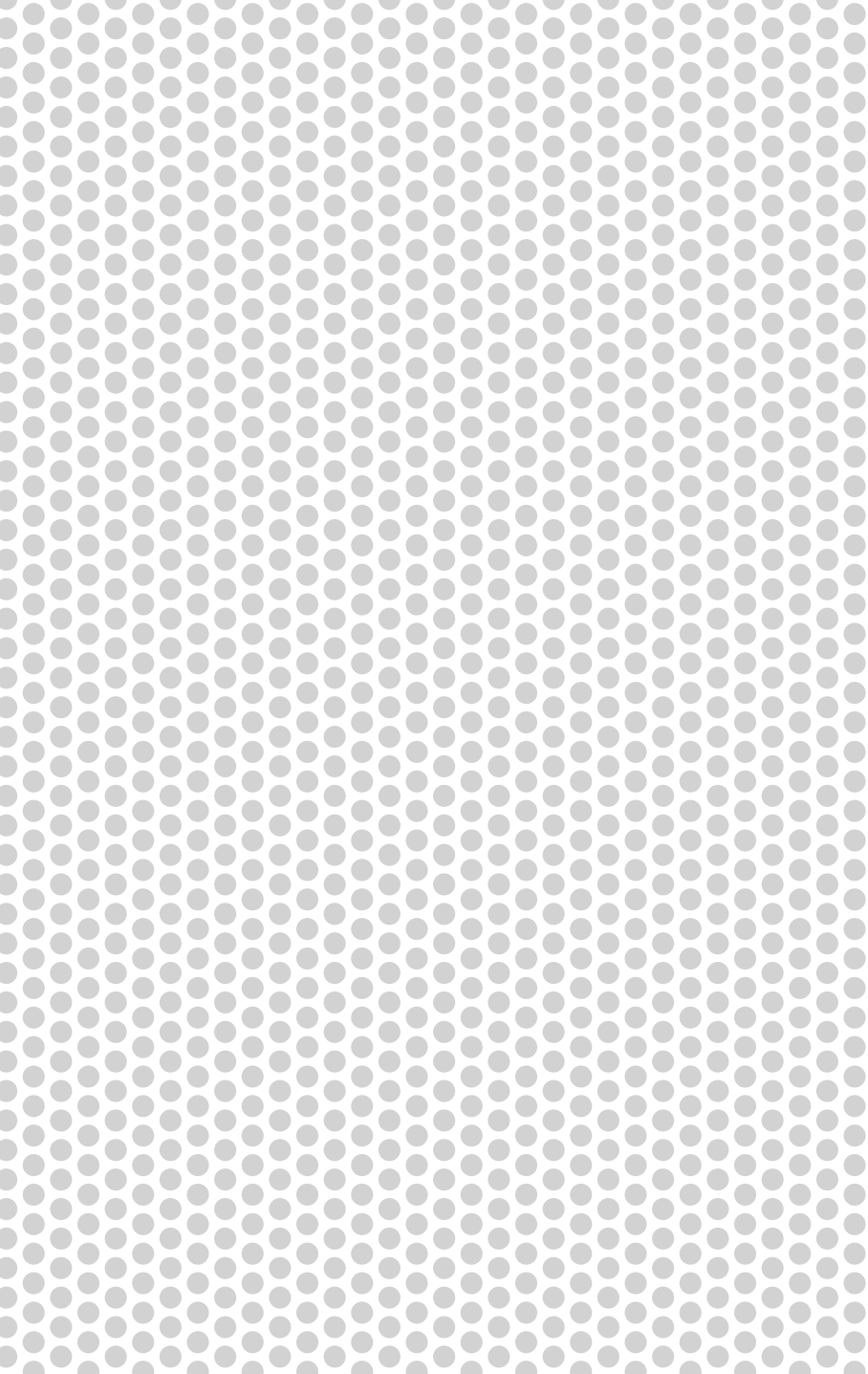


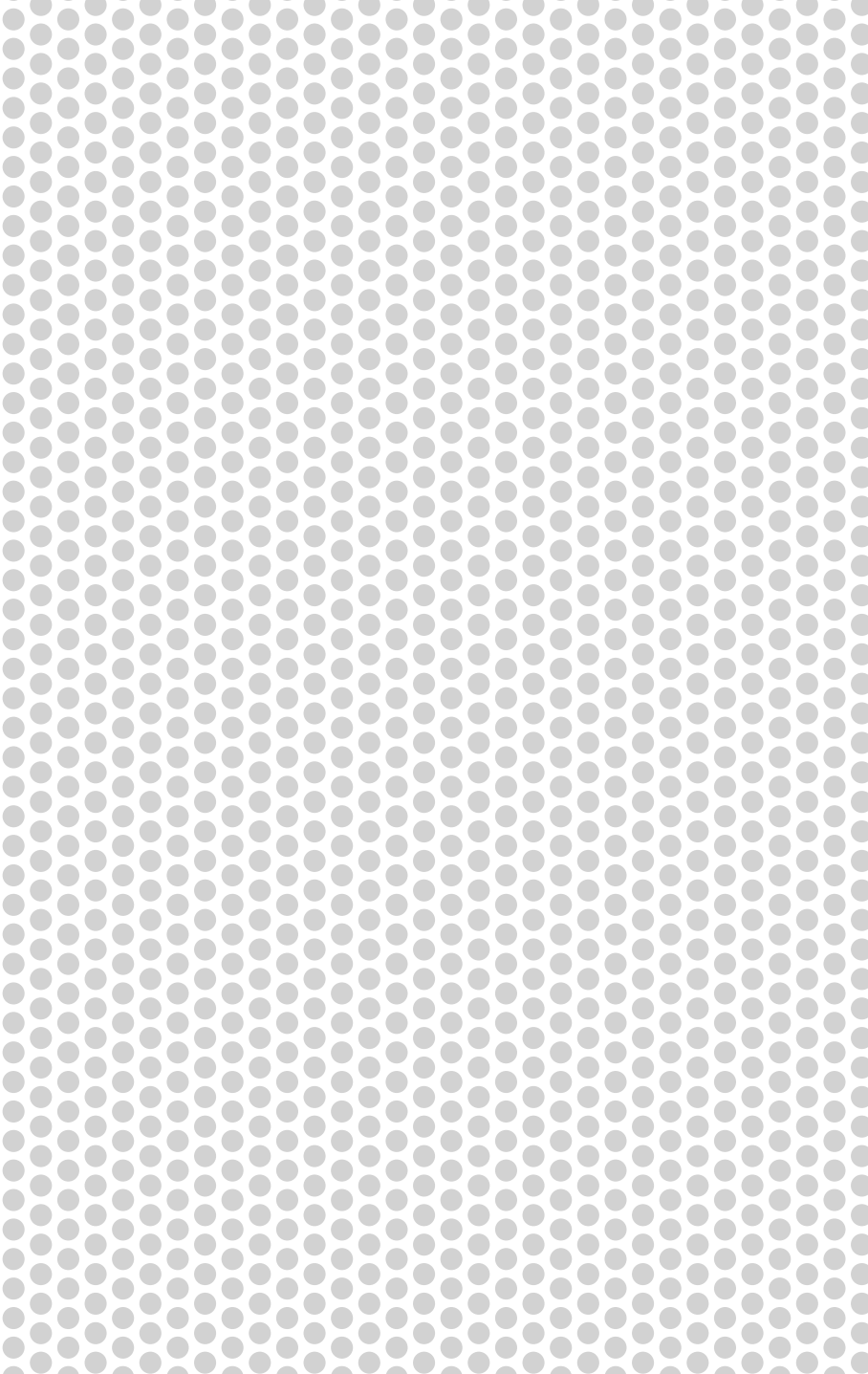
EL BARCO  
DE VAPOR

# El nuevo restaurante de Pierre Quintonil

Norma Muñoz Ledo









EL BARCO  
DE VAPOR

# El nuevo restaurante de Pierre Quintonil

Norma Muñoz Ledo

Ilustraciones de  
Gabriel Gutiérrez





Muñoz Ledo, Norma

*El nuevo restaurante de Pierre Quintonil* / Norma Muñoz Ledo ;  
ilus. Gabriel Gutiérrez — 2a. ed. — México : Ediciones SM, 2016  
135 p. : il. ; 19 x 12 cm — (El barco de vapor. Naranja ; 16)

ISBN : 978-607-24-2242-1

1. Novela mexicana — Emociones. 2. Gastronomía — Literatura infantil.  
I. Gutiérrez, Gabriel, il. II t. III. Ser.

Dewey 863 M86

Ilustraciones y cubierta: Gabriel Gutiérrez

Primera edición, 2003

Segunda edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2003

Magdalena 211, colonia del Valle,

03100, Ciudad de México

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios: [www.ediciones-sm.com.mx](http://www.ediciones-sm.com.mx)

ISBN 978-607-24-2242-1

ISBN 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,  
su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma  
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,  
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito  
de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*A Paqui, Noni, Milú y Papina,  
por todos los buenos ratos  
que hemos pasado en la cocina.*





## ● EL NUEVO RESTAURANTE DE PIERRE QUINTONIL

HAY DÍAS en los que uno se levanta con el pie izquierdo, en serio. Ese diez de diciembre fue uno de esos días grises de todo a todo. Amaneció nublado y como a la una el aire se puso pesado y húmedo. Lluvia de diciembre. Y encima, era martes.

Todos los días, cuando salgo de la escuela, tengo que pasar al kínder por mi hermano Rodrigo, que tiene cuatro años. Nuestras escuelas están juntas, pero él sale a la una y yo a las dos y media, así que me tiene que esperar una hora y media. Cuando llego por él, está muy cansado y a veces hasta se duerme. Los lunes, miércoles y viernes la mamá de Paula, mi mejor amiga, nos pasa a dejar porque lleva a Pau a su clase de *ballet* y nuestra calle le queda de camino. Los martes y jueves, nos vamos caminando. Son solo tres cuadras, yo me las echo en un dos por tres, pero Rodrigo a esa hora está cansado y camina muy despacio. Lo peor es cuando quiere que lo cargue, porque pesa como cien kilos.

Ya faltaba media cuadra para llegar a la casa cuando Rodrigo se sentó en el suelo.

—¿Qué te pasa? —dije.

—Estoy cansado. ¡Cárgame!

—No puedo Rodrigo, pesas mucho. Ya falta poquito.

Al final tuve que cargarlo porque ya no podía dar un paso más. Y cuando llegamos a la puerta de la casa, ¡zas!, lo peor: no encontré mis llaves por ningún lado. Y en eso, peor sobre peor: empezó a llover. Revolví toda mi mochila, pero nada. Entonces me acordé: las había dejado encima de la cama cuando saqué todas mis cosas para buscar el sacapuntas.

—Isa, ¿por qué no abres? —preguntó Rodrigo.

—Es que dejé las llaves adentro.

—Me estoy mojando.

—Ya lo sé.

La lluvia caía cada vez más fuerte. De repente vi el techito del restaurante que habían abierto frente a nuestra casa y se me ocurrió que Rodrigo y yo podíamos refugiarnos ahí. Le di la mano y cruzamos la calle.

—Tengo hambre, Isa —dijo Rodrigo.

—Ya lo sé, pero vamos a tener que esperar a mamá —le contesté, mientras me sentaba en los escalones que llevaban a la puerta del restaurante.

Mamá llega de su trabajo a las cuatro. Todos los días nos deja la comida lista en el refrigerador: la sopa, el guisado y la ensalada. Yo solo tengo que calentar las cosas. A veces, cuando le da tiempo, nos hace agua de limón.

Estábamos en las escaleras viendo llover, cuando Rodrigo apoyó su cabeza en mis rodillas y se durmió. Entonces me quité el suéter y lo tapé. La lluvia no pasaba, así que me fijé en el restaurante. Era nuevo, hacía como un mes que había abierto. Esa casa era muy vieja, estuvo abandonada como veinte años. Bueno, eso dice mi mamá, porque yo nada más tengo diez, pero desde que yo me acuerdo estaba abandonada. Los techos se habían caído y adentro había basura, madera rota y unas plantas que nacieron y crecieron ahí. Hace dos años la pusieron en venta y en mayo de este año vino un señor gordo que la vio días y días; luego la compró y empezó a arreglarla. Hace tres sábados vimos que el gordo estaba pintando un letrero en uno de los vidrios, que decía:

#### EL NUEVO RESTAURANTE DE PIERRE QUINTONIL

—¡Pierre Quintonil! —dijo mi mamá cuando lo leyó. Qué nombre más raro. No creo que pegue un restaurante en una callecita como esta.

El Nuevo Restaurante  
de  
Pierre



La lluvia no paraba y mis tripas empezaron a rechinar. Y también las de Rodrigo, que aunque estaba dormido, le sonaban. Además, me moría de frío, mi nariz y mis orejas estaban como témpanos. Para rematar, me empezó a entrar un ansia muy fuerte por mi mamá, ¿qué diría cuando llegara y nos viera ahí, sentados en la calle? Le iba a dar el zupirítaco, por lo menos.

En eso, oí una campanilla que sonó atrás de nosotros. Sonaba cada vez que se abría la puerta del restaurante, y en ese momento, un señor iba saliendo y se despedía a gritos del dueño.

—¡Adiós, Pierre! —gritaba—. ¡Qué buena estuvo la sopa de cebolla! ¡Me siento como nuevo!

Después oí una voz ronca que se acercaba a la puerta.

—¡Que te aproveche, Miguel! —dijo la voz ronca, cada vez más cerca—. ¡Espero verte pronto otra vez!

—¡El próximo martes, sin falta, vengo con mi esposa! —gritó el tal Miguel.

“¿Para qué tanto grito? —pensé—. Podrían hablar más quedito, van a despertar a Rodrigo.”

En eso, el gordo se asomó a la puerta y nos vio. Lo primero que pensé es que nos iba a decir que nos quitáramos y dejáramos el paso libre en su escalera. Pero no.

—¿Qué hacen ahí? —preguntó.

—Es que... está lloviendo —respondí.

—Eso ya lo vi. Ustedes son mis vecinos, ¿verdad?  
¿Por qué no están en su casa?

—Es que... se me olvidaron mis llaves.

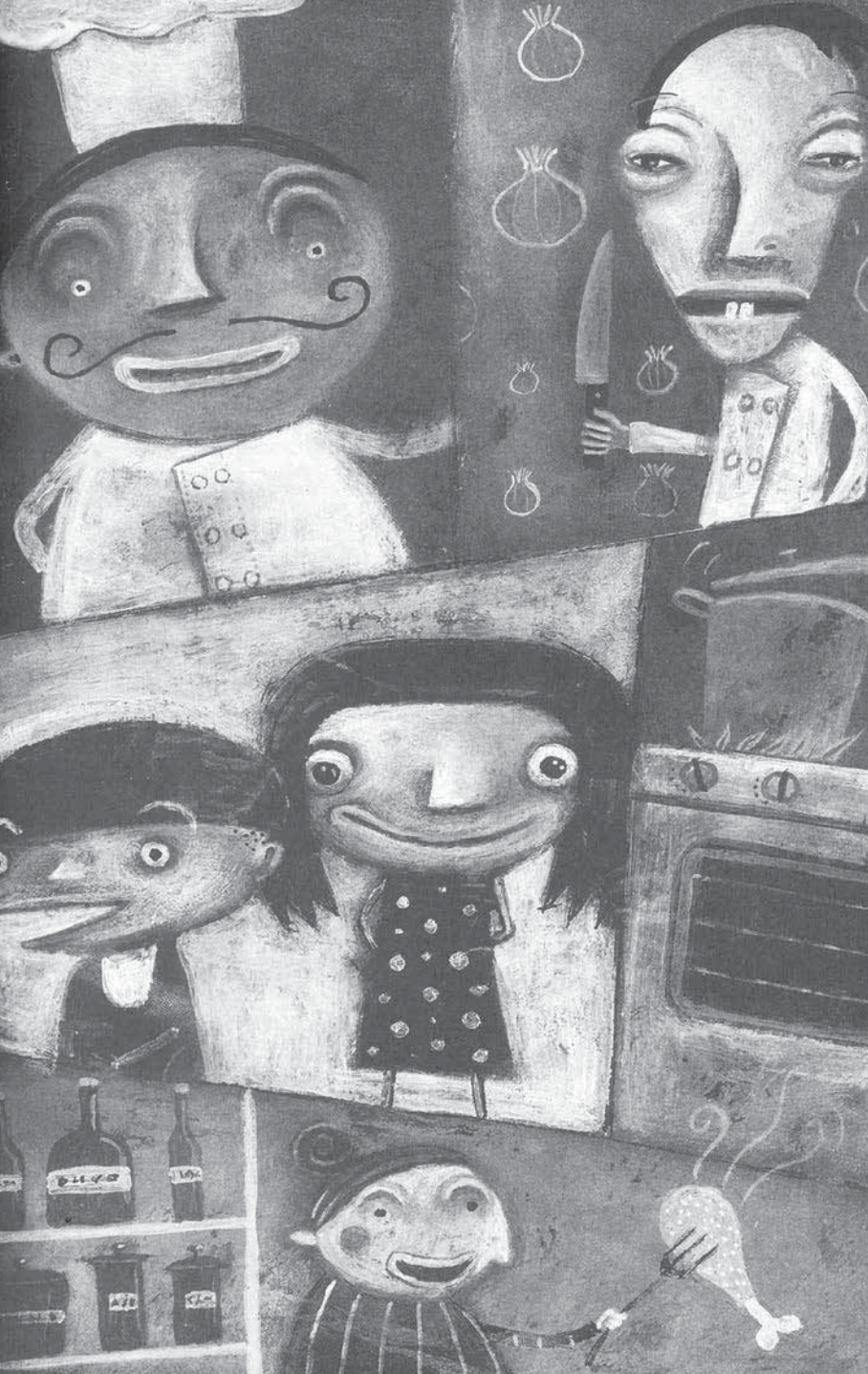
—Ah... —dijo el gordo extrañado—. ¿Y ya comieron?

—No, pero no importa, esperamos a mi mamá, ya casi llega —dije.

—Eso sí que no. Pásenle y les doy algo de comer. Aquí hace mucho frío —dijo el gordo y hablando y haciendo, cargó a Rodrigo y se metió al restaurante. Yo me paré de un brinco y fui tras ellos.

El gordo entró muy aprisa y derecho a la cocina. Yo lo seguí y en cuanto entré, me quedé parada en la puerta. Nunca había visto una cocina así. Además del calor tan rico que se sentía y de lo bien que olía, era muy grande y estaba llena de anaqueles con cazuelas de barro, platones, moldes, ollas, sartenes y cacerolas, de todos tamaños. También tenía un colgador en el techo de donde colgaban más cazuelas y cucharones grandes y chicos. La estufa era la más grande que había visto en mi vida. En ella había varias ollas que tenían algo hirviendo y las tapaderas se movían como





bailando. De pronto sentí un picor en la nariz y en las orejas: se me estaban descongelando.

De pie, junto a una mesa de metal, estaba un muchacho delgado, con cara de dormido, que picaba cebollas con mucha calma. En eso, de una puerta que había hasta el fondo, salió una señora chaparrita, cachetona y muy chapeada con una gran cuchara de madera en la mano. Al pasar junto al flaco de las cebollas, le dio un cucharazo en las pompas sin ningún cariño.

—¡Apúrate, Cirilo, esas cebollas son para hoy!  
—gritó la cachetona.

El flaco abrió los ojos como canicas y empezó a partir las cebollas a mil por hora.

En cuanto la señora nos vio, preguntó con cara seria:

—¿Quiénes son ellos?

—Son los vecinos —dijo el gordo—. Hoy comerán aquí.

—¿Vecinos, eh? —dijo la señora, poniendo mejor cara—. ¿Cómo se llaman?

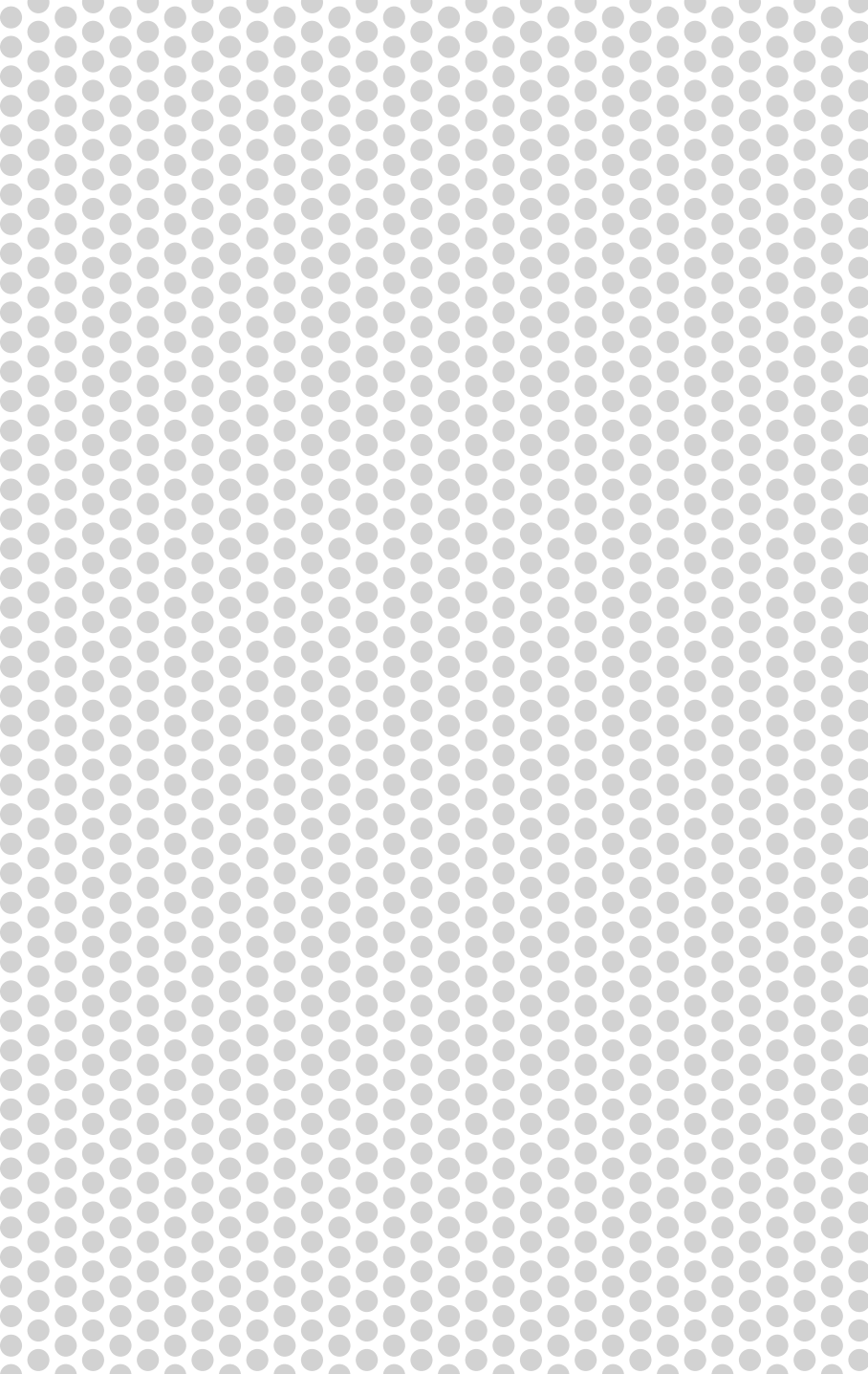
—Yo, Isabel. Y mi hermano, Rodrigo —contesté viendo a Rodrigo que seguía cuajado.

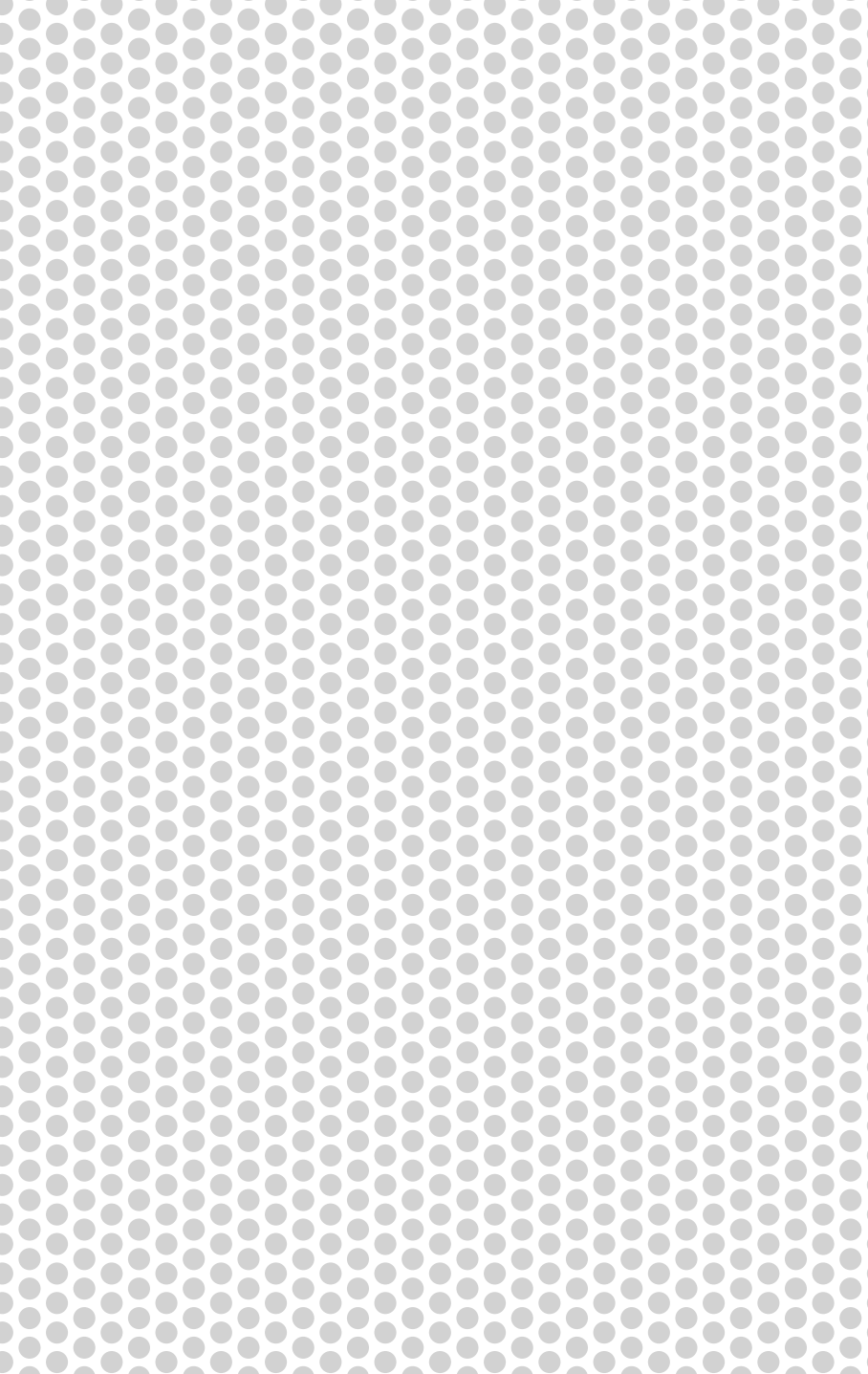
—Ella es mi tía Otilia, pero le decimos Oti y yo soy Pierre —dijo el gordo.

—Mucho gusto —dije.









9 +



Frente a la casa de Isa y Rodrigo, Pierre Quintonil ha inaugurado su **nuevo restaurante**. Tras probar la comida, Isa se da cuenta de que **el humor de la gente cambia** después de comer ahí. Ahora, Isa se pondrá manos a la obra para descubrir el secreto de la sazón de este **singular cocinero**.

La amistad se encuentra en los lugares más inusitados. Y qué mejor si **este buen amigo nos llena la barriga** con los mejores platillos.



FAMILIA



AMISTAD



AMOR